

El espejo

Paco Ariza

Inés era feliz; irradiaba felicidad en todas las facetas, sobre todo en la laboral. Estaba enamorada de su profesión y, posiblemente, parte de su felicidad provenía del desempeño de su trabajo. Inés no entendía por qué este inicio de curso el claustro de su instituto se encontraba tan nervioso y crispado, a punto de estallar. Preguntando entre los compañeros obtuvo como respuesta casi un insulto: "¿Tú de qué vas? Pues de los exámenes de septiembre".

Seguía sin entenderlo, a pesar de ser ella quien se ocupaba, tutorizando, del 3º C, un agrupamiento "un tanto inflexible". El historial académico y personal de los alumnos que componían el grupo hubiera quitado el sueño al más atrevido de la profesión. A ella, no.

Los claustros se sucedían tediosos con los exámenes de septiembre como telón de fondo. La Consejería ofertó la posibilidad de elegir entre junio y septiembre, como si los exámenes fueran un problema de conjunciones astrales propias de solsticio o equinoccio. Para evitar el estéril debate sobre la convocatoria extraordinaria cuya fecha discutían, Inés pensó exponer sus métodos didácticos a sabiendas de que carecían de argumentación pedagógica pero decidió callar por miedo a que la tomasen por desquiciada. Alfredo, el director, al finalizar el claustro la buscó un momento para dialogar extrañado de que ella, siempre tan participativa en este tema, hubiera permanecido al margen. Algo debía de pasar.

De forma atropellada, Inés le explicó que la medida que ella aplicaba en el aula provenía de una experiencia personal de su infancia. "Siendo niña, una noche, tras escuchar el cuento de Blancanieves, busqué un espejo, me situé frente a él y mirándolo fijamente pedí un deseo: tener un vestido de hada, y éste, Alfredo, apareció pocos días después. Desde entonces yo he utilizado este método para todo, exámenes, oposiciones, amor, etc".

Marcharon al aula, corrigieron aquellos cuadernos llenos de faltas y errores. Después los alumnos fueron saliendo ordenadamente hacia los espejos de los aseos y situados frente a ellos, pidieron que se obrara su corrección. Pasados los días, Alfredo volvió al aula de 3º C, ¡los alumnos progresaban!. Perplejo y aún un poco incrédulo lo experimentó con bachillerato.

En la siguiente reunión del claustro el director propuso para la Programación General Anual del curso próximo su plan estrella frente a los inútiles exámenes de septiembre; en aquel centro se utilizaría la terapia denominada del espejo, proponiendo a Inés como coordinadora.

Y para los incrédulos como tú y como yo, Alfredo e Inés siempre aconsejan lo mismo, "¡prueba tú!".

...Y si no, mira a Letizia, la novia del Príncipe.